

© de la edición: Tf Editores
© del texto: Jacobo Bergareche Mendoza

Edita
Tf Editores,
Aragoneses 2, acceso 11
Pol. Ind. de Alcobendas
28108 Madrid.
Tel: 91 484 18 70
Fax: 91 661 35 94
www.tfeditores.com

Diseño de cubierta
Ávaro Reyero Pita

ISBN: 84-96209-14-8
Depósito Legal: M-41889-2003
Impreso en España

PLAYAS

Jacobo Bergareche

Para veraneantes burgueses,
y adolescentes aburridos.

A Pura Sotillo y
Constantino Bértolo,
por poner una zanahoria
delante de este burro.

PLAYAS DE LEKEITIO

INVOCACIÓN

Al pinsapo

A la buganvilla que se desbordaba
sobre la mesa blanca
donde nadie merienda

Al pinsapo
que Pepa trajo en una maleta
de su primer viaje a Andalucía

A la manguera enroscada
que lava la arena de los pies
en una mañana de playa

Al pinsapo
que no sobreviviré a los inviernos
según pronósticos de vecinos

que desconocen
la vida sentimental de las plantas

A las hortensias,
y sus madejas de pétalos rosados
entre el zumbido de aborrajados
de insectos de colores

Al pinsapo
que creció frondoso
y creció oscuro

A la palmera siamesa de dos cabezas

Al pinsapo
que tapó la ventana,
del vecino que miraba sus zapatos
cuando se cruzaba con Pepa

A los prados de musgo
que brotan de piedras lunares
escogidas en los acantilados
a cambio de una merienda
de suizos y harinados
bajo la buganvilla

Al pinsapo
que refugió a familias de gatos libertos
y levantó las losetas
de aquel jardín
en que Pepa
consultaba sus humores a las plantas
A la yedra caudalosa
que vertió an los balcones,
verde telón frente al portal

Al pinsapo
que cortó en invierno
el presidente de la comunidad
porque el vecino que se miraba los zapatos
quiso mirar al mar
cuando Pepa había muerto

A la pequeña higuera
que nació junto al frontón,
metió sus raíces por las grietas de la pared
y todo se desplomó.

LOS FANTASMAS

De las bóvedas oscuras, caen arpones que hacen charcos en la cuesta de Santa Elena. De sus mangos va atada la lluvia, esa cadena delgada, alas de avispas eslabonadas que brillan en el cerco de las farolas.

Desde la cuesta de charcos dos vistas:

a un lado

las casas de veraneantes que no volvieron este verano tampoco, con sus heridas de sal, las hortensias grises de agosto abonando los jardines, tallos de hiedra seca, como alambradas colgando de balcones, persianas con listones diagonales, arrugadas como viejos leyendo sin gafas, los renglones de espuma en la bahía.

Al otro lado de la cuesta

frente a las casas, la bahía, el parpadeo exhausto de un faro que intenta perforar la oscuridad para desviar a los barcos de esa sombra

embarrancada en la bahía. Una sombra varios tonos más oscura que el cielo y el mar que la enmarcan. La imaginación podría transformarla en un dinosaurio que flota muerto, un reptil que acecha asomando la inmóvil cabeza por encima de la superficie. Quien sube la cuesta hoy, ahora, por primera vez, quizás piense ¿y esa sombra? qué extraño naufragio.

Los que consumieron veranos en las casas de la cuesta, los que tampoco volvieron este año, aún recuerdan que la sombra es una isla conocen cómo se estrella el mar desollando peñas, hasta darles formas afiladas, algunos salieron al mar un mal día para ver las cuevas de su lado oculto bebiéndose las olas y echándolas como grandes sifones, sintieron miedo en estas tormentas cuando veían la sombra en la bahía e imaginaron el agua helada y sus ojos inútiles en aquellas profundidades y a sus oídos testigos inútiles de las sacudidas silenciosas, en aquellas profundidades.

En cuántas tormentas jugaron a pensar si estuviera ahí ahora, en la boca de las cuevas ¿cómo será? Y aún a veces, al soñar muertes, devuelven a la mente aquel golpe de mar en el lado oculto de la isla, sin luz que alumbre la espuma fría.

EL ENTIERRO DE LA SARDINA

Me acerco tanto a la nochemar para ver si me la puedo llevar pegada a los huesos, como músculo involuntario que late enviando todo el olvido y la sordera de esa ola blanca que se deshace otra vez siempre sin tiempo, sobre esta roca, cubriéndola de espuma como una pantalla ronca que enmudece toda la fiesta de este pueblo, aleja el viento que trae los vómitos en el portal de la ermita y los orines tras las choznas, me arranca de mi ebriedad la áspera almohada de músicas entretajadas, rellena de guitarras, idiomas, melodías folklóricas angustiosamente repetidas

A lo lejos, destellos
nada aún, lo mismo.
Otros faros, las mismas fiestas.

Más allá,
aire, agua, noche.
Cerca,
su vino de cartón con coca-cola las pancartas de
Pototo y Rubixua colgando de los balcones viejas
camisetas de cuadrilla una borrachera
huracanada en que giran nietos tíos primos
abuelos vasos de plástico cuartos de baño llenos
de náufragos

Qué fácil era todo cuando la crueldad no nos
hacía culpables. Qué fácil todo cuando la
crueldad era sólo un recurso para cribar a los feos,
los torpes, los raros que dificultaban nuestros
juegos de niños. Los juegos han terminado, pero la
crueldad es la misma.

Camino agarrándome a la barandilla hasta
acercarme al viento que se queda a lamerme la cara
con las salivas de las olas y a silbarme en los oídos
para dejar de oler los orines y llenar mi nariz con
iodo que da el descanso de la nochemar a mis ojos
una tumba abierta donde enterrar la sardina
podrida que me llena los bolsillos.

NONAGENARIO

Arrimado al borde del muelle, tanto que una brisa podría ser la fuerza que lo precipitara, escondido detrás de los carros de las redes y los pescados, he vuelto a ver a Eusebio, que todavía no ha muerto. Está quieto viendo los mubles (peces grises como palomas, que comen grumos en el agua opaca del puerto, los peces que no saldrán nunca del puerto). Eusebio, el hombre de tela azul, con los ojos envueltos en una niebla que casi le oculta sus pupilas, espera ver de nuevo, antes de que el iris se disuelva en sus córneas como aspirinas en una cuchararada de agua, los boniteros que vienen de Cabo Verde, de Mauritania, de Canadá que hunden sus cascos rojos, azules y verdes en un enjambre de mubles, que se beben el agua entera por hacinarse bajo las quillas dormidas del Maitetxu, del JF Kennedy, del San Nicolás para arrancar con sus blandos hocicos los despojos de otros mares.

EXCURSIONES A LA PERIFERIA

Campas de Arzabal,
donde fuimos los viejos generales que se sentaban
a la sombra de un árbol para observar el combate
en la distancia, aguas rotas en confusa dispersión,
columnas de espuma desplomándose sobre la
membrana azul de la superficie que cubre esa
líquida oscuridad, emparentada con los viejos
armarios del sótano y los huecos bajo la cama
donde acechan las criaturas verdes y escamadas
que creamos para aterrorizar a nuestros hermanos
pequeños.

Campas de Guizaburuaga,
donde alimentábamos hogueras hechas a
escondidas, y las mirábamos absortos como a

miniaturas del infierno que nos hacían invocar a todos los seres del bestiario inventado, al vecino huraño del primero, que quizás comiera niños y al fantasma decapitado que ululaba en aquel caserío sin ventanas, habitado por zarzamoras y esqueletos vaca. Cómo nos gustaba asustarnos con la muerte hasta hacer a alguien llorar.

Campas de Bedarona,
donde fuimos los viejos pretores mirando a la arena azul de aquel circo en forma de bahía, un coliseo en que el mar se hace la guerra a sí mismo y los cuerpos de agua caen sobre el desguace de grandes rocas que se desprendieron de un costado de esta tierra, pedazos de montaña encallados frente a la playa de Oguella, cápsulas de playas futuras que se disuelven imperceptiblemente ante nuestros ojos, bloques de cara ciega, que nos miraban con el hermetismo de los menhires.

Campas
donde acumulamos tantas demoliciones del agua en la memoria, tantos segmentos de la cadena entera de las olas que atraviesan el mundo como las horas imparables, irrecuperables como las horas, repetidas como las horas, mojones de la eternidad como las horas. La cadena entera de

olas que se intuye en cada golpe de mar y se revela como primer indicio, primera prueba de la idea incompleta de eternidad en la mente de un niño. La cadena entera de olas que nos envía al horizonte para desguazarnos lentamente, la cadena que se queda girando en la mente y nos instala la conciencia del tiempo en las nuca, y nos cava un abismo en el reverso de los párpados: el vértigo horizontal de quien mira hacia delante y mira hacia detrás, y sabe que nunca llegará hasta el final por ninguna dirección.

Campas

donde aprendimos a escuchar aquel canto de agua y piedras que atraviesa la naturaleza para recordarnos que también nosotros seremos deshechos.

CARRABASOS

No volverás a perderte la película de sobremesa para aprovechar las olas de una marea baja. Nadie espionará a los verbeneros trashumantes que vuelven un año después, con la precisión de una golondrina, para montar con sus torsos tatuados el ti vivo en la plaza del ayuntamiento. Ya no harás más fotos de un grupo de niños con bermudas que grita patata en un frontón. Se acabaron las ancianas de paso lento y estatura menguante, con extraños nombres sacados del santoral, que te paran en la calle para volver a decir una vez más lo que te pareces a tus padres, tus abuelos, todos los muertos.

Padre ya ha comprendido que no podrá jugar a

ser el capitán de la vieja motora verde, llena de parches, que le compró a un pescador retirado. Sus marineros no volveremos a sentir la gran aventura de pescar un chicharro desorientado y triste en ese mar oscuro que un día estuvo lleno de todos aquellos monstruos que ya no se nos aparecen en nuestras pesadillas.

Bajo los acantilados desiertos del octavo kilómetro entre Lekeitio y Ondárroa, en aquellos prados de púrpuras anémonas donde retozan los pulpos, allí donde mi padre era un salvaje y conocía los nombres secretos de criaturas semitransparentes que las mareas abandonaban en el hueco de una roca, en aquella bahía que nos transformaba en robinsones de un mundo virgen, han amarrado la foto de ese asesino que no termina de aparecérsenos, su mirada cuelga tendida entre los nidos de oscuros carrabastos.

No volveremos a Lekeitio.

CLUB DE PESCA DEL ATÚN

Octubre, el mes extraño donde todas las estaciones del año son posibles en un mismo día.

En la playa vacía las viudas de veraneantes escriben epílogos con sus huellas : para ellas las vacaciones ya no terminan. Dejan que el tiempo vague por la cuesta de Santa Elena hasta llegar a los altos magnolios bajo los cuales quizás consigan recuperar un borroso recuerdo infantil de aquel palacio de la emperatriz que ardió en la guerra.

En el kiosco de la plaza retumban silenciosamente pasodobles que la banda municipal ya ni sabe, ni volverá a ensayar. Los maridos han salido con su ropa de domingo, han tomado muchos vinos y tienen ganas de bailar. Hoy vuelve a ser ese día.

Las hijas de la condesa se sientan en un café del puerto y sorben un lento gin tonic, observan a gente que ya no existe reparar redes en el muelle

escalonado de aquella postal antigua.

Mañana el Club de Pesca tapiará con tablones sus ventanales, hasta Junio o hasta siempre, hasta que sepan cuántos socios sobrevivieron al invierno. Las viudas cenán juntas, toman su última cena en el club antes de que el otoño las devuelva a todos esos cuartos habitados por fotografías, a la iglesia de cemento con el Cristo abstracto.

El grupo de señoras mira la espuma que salta en el rompeolas y se estrella en los ventanales. Han vuelto a leer en alto los nombres de los difuntos socios fundadores del Club, inscritos en la placa de la pared. Con cada nombre han sobrevolado el cielo de la memoria hasta posarse en algún lejano día de sol en Lekeitio,
al día en que los socios
jugaron a pescar cientos de bonitos
y jugaron a cocinarlos todos
los sirvieron sobre una campa de hierba
invitaron a todas a cenar,
trajeron vino
volvieron a cantar las mismas canciones, las
únicas,
la noche entera se llenaba de voces.

PLAYAS DE MARBELLA

MI HERMANO PARÓ EL COCHE FRENTE AL MAR, LEYÓ LA ÚLTIMA INDICACIÓN DEL MAPA Y RASTREÓ CON LA MIRADA)

Miró a su alrededor y vio lenguas de playas negras sorbiéndoles los pies.

Miró, y halló que las aguas del mar habían sido filtradas en las entrañas de las medusas.

Y halló restos de un naufragio de pieles de melón, compresas de vírgenes árabes y bolsas de la compra (¿o eran quizás extraños cadáveres de cefalópodos y moluscos?).

Y en el costado del mar no eran nubes lejanas las montañas del Rif pero eran inalcanzables como las nubes lejanas, eran nubes lejanas todo aquello que recordó del Rif.

Despegó la vista de la orilla, y vio 66 kilómetros de panales hasta Málaga y la gente quemaba cremas a un solo dios y se convertían en un gran saurio poiquilotermo, con la tripa abrasada sobre la arena, abrochando en sus escamas todas las naciones.

Miró los prados y eran campos de golf y supo que su nueva casa estaba en un atolón de blanco cemento entre los greens eternamente fértiles.

A UN REPRODUCTOR DE CDs

No hay dirección donde dejar los ojos para que se extravíen atravesando objetos, hacia la región borrosa del ensoñamiento. No se puede enfocar hacia el infinito para dejar de ver: los objetos reclaman atención constantemente, envían proyecciones de su diseño estridente hacia la zona donde la vista halló que ya no había nitidez. Un horrible jarrón de esta casa alquilada me dice ¡ estoy aquí ! Todos los muebles recuerdan sus nombres constantemente. Silla violeta candelabro de metacrilato puñal bereber tulipanes de plástico. Por la ventana, el mar es un circuito de mil motos de agua.

El aire se vuelve una fosa común para ruidos, donde las cosas gritan sus nombres.

Hay que ahogarlo con música, hasta que mi conciencia se desvanezca como la tenue luz roja de un electrodoméstico en estado latente. Vuelvo a escuchar la misma canción. Siento la estancia entera donde me encuentro – esta casa alquilada en un campo de golf de Marbella – recorrida y transformada por las voces, sumergida silenciosamente en la canción.

REPORTAJE DE SOCIEDAD

747

sin ventanas,
el fuselaje caligrafiado de aleyas
(en el nombre del compasivo,
del misericordioso),
atrás dejó páramos de nubes que mueren de
transparencia
el cielo polvoriento del dios sin rostros,
del dios que habita palabras grabadas en ruinas
erguidas contra el tiempo.

El verde timón estampado de espadas.
Palinuro sueña regios funerales sobre las dunas
mientras el piloto automático arrastra a todo el
séquito
hasta el último espejismo,
hacia jardines por cuyos bajos fluyen arroyos
y las frutas brillan como el agua.
Embajadores con insignias
Alcaldes maquillados,
ilustres veraneantes con su ropa de lino crudo,
fotógrafos acreditados
esperan en la pista, bajo un cielo sin nubes
apostados a las orillas de la interminable
alfombra de seda, balizando el camino real.

La puerta se ha abierto:

Dos héroes de Serie B
se ajustan negras gafas sin pupilas,
y suspenden entre sus músculos
al rey que baja despacio la escalera de su avión.

Un corro de médicos ateos
repasa el inventario.
Las bolsas de sangre limpia,
cajas de hielo con hígados, riñones, córneas
de jóvenes bolivianos
desaparecidos en alguna cantina de la selva.
Té de Bhután,
los densos inciensos, narguiles engastados en oro
el brasero dorado de las pipas de opio,
recetas para dormir sin sueños,
bálsamos que encofran la terrible promesa
con breves silencios.

El Rey llega pálido,
la sangre espesa apenas fluye,
por esos labios ennegrecidos y secos
que como hocicos de barbo
aún mantienen sensibilidad,
para palpar a una nueva mujer de ojos grises,
a un pubis afeitado como una alegre sonrisa
infantil
vientres donde nada deja huella
donde queda amortiguada la terrible voz.

El Rey vuelve por fin (quizás por última vez)
a los jardines

por cuyos bajos fluyen arroyos subterráneos
a la corte del verano inventado,
a las extrañas criaturas
que gritan con incorruptibles dientes de titanio
¡ Evohé!
¡ Eheu!
y se pasean en camisas italianas, de color pistacho
hombres de mundo ilustremente anónimos
que recitan repertorios de anécdotas
evocan vinos secretos que sólo él puede pagar,
se convierten en zahorí es de deseos que el Rey
no sabe encontrar en su desértica imaginación,
deseos que sólo los invitados al jardín saben
marcar sobre el blanco mapa de su alma,
deseos fosilizados en lugares deshabitados donde
sólo los invitados al jardín escarban hasta instalar
el surtidor
de donde brota la sustancia
con la que se modelan y se incendian
imágenes que Dios prohibió perseguir
a un cuerpo de barro que ya se seca.

Banqueros provincianos que sólo podrán aspirar a
un avión o a un barco,
animales de salón, tesoreros de anécdotas,
altos ejecutivos que no se atreven a traer
a la única mujer que lograron enamorar
cuando repetían cada día de corbata,
señoras que tapan discretas cicatrices con un
mechón

caras a las que extirparon las muecas
que la vida acumula en la frente:
todos sueñan con entrar en el jardín,
tras los altos muros flanqueados de cipreses
tras las torres panópticas
y las almenas de los francotiradores.
El nocturno tropel prepara el cofre
de los tributos estivales:
la última píldora de la erección
ansiolíticos potentes como la serenidad de un
lama,
estrategias para una OPA,
sofisticados productos financieros
de las islas remotas no descubiertas
barajas de póker,
grandes tableros de backgammon
una discreta invitación a comer, a cenar
con un concejal de urbanismo
y el último chiste ingenioso
que atraviesa las fiestas del país.

El Rey quiere vestirse de luz que ilumine
a las nocturnas criaturas del jardín,
él es la lámpara áurea
que tendrán que frotar las criaturas del jardín,
él será el genio que vuela sobre el jardín
y se expanda como una nube generosa
cargada sobre las semillas
de cualquier deseo que le propongan.

Él será oro,
será semen, será saliva, será la felicidad del vino.

El Rey observa en la constelación de espejos
que su decorador eligió para el baño,
su retrato desgajado en decenas de marcos
sus ojos que se vacían,
en las bolsas de líquidos que retuvo
en tantas fiestas para ahuyentar ecos,
nudillos acolchados
por la grasa que cubre sus puños
las amarillas palmas de la mano
donde la sangre pasa lenta y fría.
Ya no quiere mirarse desnudo.
Los espejo vuelven a emitir el eco ensordecedor.

El Rey quiere música para sofocar
el zumbido de las palabras habitadas,
palabras memorizadas,
sucesiones salmódicas de amenazas
que rebotan en el templo de los ecos,
el templo que no deja de abrir puertas
en cada uno de sus sueños,
el templo que desagua los escombros
de fastuosos sacrificios en sus venas.
El Rey tembloroso ordena:
¡ Los músicos! ¡ Los músicos!
¡ El tirso, la vid y la hiedra!
El Rey llama a los maquilladores, los barberos
reales,

para que sellen las grietas
de dónde mana el zumbido de las palabras
habitadas,
para que sellen los surcos que deja en la memoria
la terrible promesa.

El Rey quiere una transfusión de sangre
para recorrer con las bacantes
el largo camino de la luna,
para poder atravesar todas las tinieblas
con la muchacha de los ojos grises,
que yace temblorosa con la mirada
clavada en el cielo
y las piernas abiertas por primera vez
sobre las alfombras del jardín
en el corazón del espejismo,
sobre el suave sonido de los arroyos subterráneos,
que no dejan de susurrar en el lenguaje del agua
que sólo el Rey de los desiertos entiende,
que la terrible promesa
está a punto de cumplirse.

LA PLAYA

Me fui pronto de sus fiestas, y quizás debiera haberme emborrachado con ellos, pero ahora por las noches los veraneantes se ponen jersey y miran a ese mar sucio y manso, que a pesar de todo les causa melancolía: no dejan de mirarlo mientras evocan fiestas que no son capaces de recordar, mientras se intercambian direcciones que pegarán en sus álbumes de viaje para que se sequen como el herbolario de un bosque al que nadie sabe si volverá.

Con qué nuevas anécdotas me contaré a mí mismo cuando vuelva a caer el manto de negro plástico sobre mi piel. Tuve tantos proyectos para ser mi propio héroe, y sin embargo sigo siendo el mismo de antes. Qué aventuras le contaré a nadie en los días de desayunos a oscuras, cuando el sol enrojecido y somnoliento me encuentre y se niegue a guiñarme el ojo como a quienes le recibieron bailando, meses atrás, en este verano que se acaba.

De qué imágenes me alimentaré cuando empiece a pasar horas haciéndome visitas clandestinas en el

invernadero oculto, ese mundo de vapores y cristales donde crecen las delicadas plantas que habrán de poblar mi jardín.

No apunté la dirección de nadie. Mi cuerpo no se lleva en la memoria el torpe baile de esa canción de verano que sirvió de excusa a tantas niña feas para bailar por primera vez y sentirse parte de algo. Ni siquiera mis sueños me devuelven la imagen de esta playa que me hizo desear no estar enfermo de discuros, desear la inexplicable felicidad de jugar a pala con mi padre en la orilla, de mirar y ser mirado por todos aquellos cuerpos semidesnudos que se ofrecen bajo el sol en un día de verano en Marbella.

Y aquí estoy escuchando el tibio latido de mil avenidas de farolas que aún guían los últimos paseos de amantes con fecha de caducidad, llevo un jersey fino y empiezo a tener algo de frío en mis pies enterrados bajo la arena sintética de una playa donada por un alcalde demiúrgico que cree que todos preferimos ser compasivamente estafados con esta imitación del paraíso.

PLAYAS SIN MAR, DESIERTOS, OTRAS
ORILLAS

LA GRAN DUNA

Los deseos empiezan a demoler la conciencia, a liberar sacos de imágenes para satisfacerse a cualquier precio, imágenes liberadas que flotan fantasmagóricamente hacia el manto de abismos con que va cubriendo el sueño a los escombros de la conciencia.

Amar beber destruir caminar vengarse trabajar escribir conversar comer odiar. A veces dejan de servir. La conciencia rota de cada día cae formando un nuevo estrato de abonos para los deseos. Y cada noche vuelan las imágenes y mil abismos salen a perseguirlas para cargarlas con su pesadez y llevarlas a estrellarse en lo más profundo.

He de volver al Devorador de miradas. El Olvido y la Locura habitan acechando en recuerdos sin sentido que la memoria escogió inconscientemente entre las horas en que nada ocurre que deba recordarse: el abrigo de un vecino, la música de un anuncio de detergente, las baldosas de un cuarto de baño público.

Ya no he de dormir más, sólo soy los ojos de este coche hasta llegar al Devorador de miradas y entregar tantas ideas que ya pesan, tantos deseos inútiles, tantas dudas, imágenes extraviadas de sus orígenes.

Sólo soy un coche tengo un motor, tengo pies-pedales, tengo manos-volantes, ya no puedo dormir, no puedo hablar, no puedo trabajar, no puedo escribir.

Soy un coche hacia el Devorador de miradas.

Soy un coche.

EN EL TERRITORIO GNAWA

se deshacen olas de estratos las dunas avanzando
delante las piedras negras detrás el Sol haciendo
siempre una curva uniendo los rostros blandos y
duros del Desierto

el Sol no deja en el día a más sombras para habitar
que las noches al irse el frío pone huevos de
silencio en las heridas que abre el Sol por los
labios

Bienvenido sea el silencio que escuece en mis
labios llagados Bienvenido sea el Sol que hierve
los humores enfermos de mi ojo

tranquilo: las dunas respiran las piedras encierran
los sueños marinos de los trilobites y las caracolas:
duerme tranquilo: entrega tu conciencia a la
vanguardia del erg

el gnawa ha llegado con su instrumento extraño y
no toca canciones nunca termina la canción nunca
la empieza teje los instantes las horas con las
cuerdas de su instrumento nuestro reloj ya no mide
el tiempo el gnawa hace de todos los instantes
uno

duerme sólo la luz cambia lo que tienes delante
sólo la luz se mueve duerme entre las dunas la ví a
láctea está cargada de lluvia la ví a láctea llueve
sobre nosotros la ví a láctea nos cala en su lluvia
hasta el tuétano las dunas nos abrazan las nuca
con arena fría

descansa

todo quieto a veces el viento a veces se desploman
las laderas de las dunas a veces emerge un
escarabajo pasa una estrella todo quieto a veces
el viento un escarabajo pasa el viento todo quieto

el gnawa también duerme soñando su canción que
no empieza y no termina soñando el significado de
la lengua en la que canta su padre ya había
olvidado el significado de la lengua en la que
canta el gnawa sueña las palabras cantadas pero
no sabe lo que significan

VENGANZA

De la ansiedad insomne y violentamente lúcida, que se revela en el reverso de todo lo que creí a inofensivo por cotidiano, nace de nuevo mi ansiedad, y me hace promesas de que en la destrucción está el fin del agotamiento y del hastío, que hay que empezar la resta para no rodear con un nuevo forro el forro anterior que hay que rasgar lo que haga falta para poder bailar la primera danza que hay que vengarse siempre de todo: quise ser individuo y soy sociedad quise perderme y encontré mapas en el corazón de un quark encontré mapas de Tombuctú en el supermercado quise escuchar el silencio y el mismo silencio me gritó sin cesar su nombre quise reposar en la oscuridad y las farolas se filtraron por la persiana y mis párpados tienen nebulosas de tenue neón por dentro.

SIGMA

Los rostros se quedan sin las anécdotas que definieron sus marcas, todos tienen la estadística que les rescata de la particularidad. Los que conocí de niños han crecido para corresponderse con proféticos porcentajes que, sin claves poéticas, formularon abstracciones numéricas como nichos desde donde posar en el escaparate de la vida compartida: un 9' 7% parados un 9' 3% homosexuales un 3' 7% funcionarios un 13' 6% amas de casa un 15' 2% alcohólicos y drogadictos un 56% economistas o abogados un 41% fumadores un 2% vegetarianos un 1' 1% esquizofrénicos un 0' 2% desaparecidos un 23% estériles un 35% miopes un 27' 4% ateos un 12' 6% impotentes un 24' 4% nunca sabe/nunca contesta.

Esperé pasivamente desde un pupitre el advenimiento del día de la fiesta sorpresa en que nosotros fuéramos nuestros regalos envueltos. El día en que nos situamos en algún lugar de los 100% para no vernos las caras.

CARTA DE AJUSTE

Se apagan todos los canales, ahora llega la pantalla vuelta oscura, con una nevada gris de electricidad donde las formas no cuajan. Los altavoces sisean sin palabras ya, no hay presentadores (ellos duermen), habla la máquina. El gran mundo ha muerto hasta mañana, los satélites no me hacen avergonzarme de mi fracción de culpa en los dramas de las antípodas. El silencio, aunque no existe, se acerca haciéndome promesas de que un día nos juntaremos para triunfar sobre lo que llevamos siendo y no siendo. En la ventana de la pantalla anochecida, el viento que estrella los pixels contra el cristal es el heraldo de una oscuridad que nunca he visto: me invita a conocer su profundidad sin fondo ni dimensiones. La locura que amenazaba con estallar en el esqueleto de los objetos los muebles el coche

duerme bien como una bomba sin espoleta.

Aún me parece que en esta hora de penumbra podré fosilizarlo todo con la mirada, me quedo a un paso de la nada que tanto se resiste a aparecer y que tanto se insinúa en cualquier sitio.

Me tumbo y espero a dormir otra vez y se qué antes de caer y soñar, en ese instante, la nada planea sobre mi boca, y si no fuera porque caigo dormido me incorporaría para recibir de ella esa nueva vida.

YO TE SIENTO A TI

Yo te siento a ti
bajo las horas que lavan
la espuma que en el ojo dejaron
los restos del instante
en que te vi la cara.

Yo te siento a ti entre vientos
que borrarón la estela que une el avión
al puerto de partida.

Yo te siento a ti bajo colonias de palabras
que se estremecen de silencio
ante algo
que no cabe en todas sus combinaciones.

Yo he sido el camino en que me atravesé a mí

mismo

y tú has sido el imán con que afiné mi brújula.
he sido la casa ausente
donde dan fiestas cada noche,
donde los invitados se encierran
fuera de sus habitaciones
por temor a cruzar el cielo soñado de la noche
sobre las alas vacías de este palacio.

Yo he sido tú y partí y me dejé solo
y no osé nombrar el camino de vuelta
sin usar tu lengua.

P.I.N.

(Personal Identification Number)

No puedo ver tu nombre en mi cabeza
es
tan precisamente olvidable
(como la contraseña del cajero).

Pero a veces
en la sesión matinal de mis párpados
la luz azul empieza a centellear

viene directamente de tu furiosa mirada de
ambulancia

Así es como me insinúan
que transportan un cadáver,
que se apresuran por llegar al tanatorio
(¡ Más rápido, conductor!)
que todavía hay una posibilidad
de que el naufragio de tu nombre pueda ser
rescatado
de la punta
de la lengua
de ese muerto.

PRIMER CREPÚSCULO DEL AÑO 2000 EN LA CARRETERA NKOB-TAZZARINE

“ El tiempo, donde no mora el hombre, qué es, sino eternidad,” citó del libro.

Del libro

siempre un libro en su cabeza,
incluso en este desierto,
donde nos hemos ido a pasear los silencios
que estaban nerviosos como un perro en un piso.

Del libro, siempre del libro

y al ver el sol no pudo evocar si no a Faetonte,
rompiéndose el cráneo contra esos riscos azules
y su sangre que no es más que arcilla agrietada
en la loma de una duna
y su cuerpo remolcado por dos nubes
y su melena rastrillando sombras
por estas estepas sin camino

sus manos muertas abiertas como arados
rompiendo la tierra donde la luz de este sol que se
va
alimenta innumerables ocurrencias que ibernan en
su cabeza y bajo su mirada despiertan
para pudrirse y florecer en un mismo instante,
para terminar en las cosechas del viento
como una evocación más del libro.
Y dice él de nuevo, por si no le oyéramos:
“ El tiempo, donde no mora el hombre, qué es,
sino eternidad,”
del libro siempre del libro.

Aquí , en la carretera de Tazzarine
en el desierto de piedras
frente al primer ocaso del año 2000
el sol está tan sucio de metáfora
que ya no puede verlo sin nombrarlo.

Aquí , en la carretera de Tazzarine
entre el pedregal y los rastrojos
un pastor tiende a su rebaño de camellos
con la ayuda de su fiel bicicleta,
y le mira con la paciencia de un sabio
que no necesita adjetivos para el sol.

CONTRA LA FE

Te he buscado. Nadie puede decir que no.

He rasgado la fina piel
que separa las palabras de tantos versos ajenos.

Y yo no te he encontrado.

Me dicen que no has sido para mí . Pero dentro de la fina piel, bajo las letras, he sentido un aire antiguo, un viento que quedó atrapado en las oquedades de un glaciar.

Pensaba que era el universo lo que se reflejaba en la sonora superficie de las palabras, pero tú te has hundido en ellas para habitar la silenciosa profundidad.

Sé que quizás no he de nombrarte.

Te he buscado, nadie puede decir que no lo he intentado. Te he desentramado de entre las bellas palabras, te he devuelto a la cueva oscura para tantearte. Te he reducido a carbono, nitrógeno, oxígeno.

No he de cercarte en una red de las palabras, para que emerjas muerta en un mundo que no es el tuyo.

Te he rastreado por las sombras de las miradas largas, en las membranas de luz matinal, en los pulmones del agua. Con la sobriedad densa y concentrada en la punta de una aguja. Lejos de mí, en la ebriedad. No he descartado ningún dios. Te he buscado.

Y ahora sólo suplico, porque todo es estéril:

Que no seas un engaño más de sus palabras,

Que no seas una cuestión de fe.

EL BATISCAFO

el silencio es tan largo
 aquel batiscafo en que las palabras
quedaron encerradas:

dejamos ir el ancla,
dejamos que se desmayara en el océano.

Allí yace lo omitido, un arado armado de cuchillas
 atravesando la dorsal

Atlántica

 grabando líneas
 en el talud oceánico.

el silencio es tan largo
el arado deja surcos rectos y profundos
sus cuchillas son afiladas, muy afiladas

 -las cuchillas en que resplandecen
 las palabras que nunca dijimos

CARRETERA DE MIDELT A FEZ

Ahí estaban de nuevo las esfinges,
tumbadas en las cunetas de la carretera
disfrazadas de perros vagabundos,
mirando a tu coche con ojos hambrientos

y ahora te acuerdas de todo el pan que dejaste
sobre la mesa de plástico del último almuerzo:
ese pan seco y redondo, de costra gruesa,
reaparece como un sombrío bodegón en tu
memoria
brilla como aquello que sabes que no volverás a
ver.

Estás condenado a una sucesión
de miradas hambrientas de esfinges
que fingen ser perros en la cuneta
y que no dejan de aullar en tu mente
y caminan en círculos
alrededor de la imagen de una mesa de plástico
sobre el que tiembla lleno de ocres
tu último almuerzo en tu memoria.

A MI AMIGA L

Lo que hoy no construyas
mañana será un solar vacío,
donde el sol se bebe el color de las serpentinas,
donde el barro está marcado
con las suelas de invitados que se fueron
cuando ya estabas dormida,
borracha en el sofá que te dejó tu madre muerta.

Donde hoy no construyas
será el solar donde hay una piñata abierta en canal
repleta de sorpresas de cinco duros que nadie
quiso llevarse a casa
repleta de carracas que jamás giraron
y matasuegras que nadie desenrolló
como la lengua de una mariposa.

Te lo he repetido mil veces:
Que vendrá la nieve
Y que sólo será bella en los tejados,
Allí no la pisa nadie
no ennegrece
no se hace lodo frío y sucio

Pero ayer no construiste
Y hoy es un solar vacío,
rodeado de paredes decoradas con corazones de
tiza
en que grabaste con toda tu dulzura
iniciales de nombres que ya no sabes cómo
terminan.

ODA A LAS KOKOTXAS DE DON JOSÉ DEL RÍO

A la oscura madriguera,
donde hibernan los olores
allí me llevo este sabor,

allí,
donde la imaginación no alcanza
a devolvernos lo enterrado,

más allá de los álbumes, de las cajas de música:
donde el lenguaje ya no pueda rehacer
lo que sigue siendo nuestro.

Junto al olor de los armarios de mi abuelo,
junto al frescor de la lluvia
en el jardín de mi primera casa,
junto al aire iodado de los acantilados de aquel
verano

En el lugar de la memoria
al que sólo se regresa cuando se vuelve a oler,
donde al oler de nuevo,
se vive el tiempo en que aprendimos ese olor.

Allí he llevado los aromas de tus diez cuellos de
merluza.

PLAZUELA DE LAS COMENDADORAS II

Cuando me haya ido
por favor, vuelve a menudo
y envíame los dibujos que la gente hace
arrastrando las cucharillas del café
sobre los manteles de papel

Tampoco te olvides de enviarme
las formas enredadas que trazas al azar
en tu pequeño block
cuando hablas al teléfono con tus amigas
comentando las jugadas del fin de semana

Yo estaré aquí
y no recordaré esos dibujos
si no vas a Correos

La gente los tirará
antes de que vuelva

AUTODIAGNÓSTICO DESDE BOSTON

Y si yo me destruyo no habré muerto en mí
porque seré aguas.

No seré cementerio de imágenes
Porque vivo en permanente otoño de hojas
blancas
 porque soy un carburador de aire y
distancia
 instalado en el
sueño de las circunferencias.

Nunca moriré en mí ya
porque he repartido mi bazo para alimentar
palomas
que se arrastran hambrientas en cada abismo
de Boston Gardens

Nunca moriré en mí ya
Porque he comprendido la inmensa pena de los

parquí metros de Beacon Hill

Yo seré aguas,
porque he intentado proteger la nieve de las
aceras
porque he sostenido la mirada rectangular
de las limusinas
porque he seguido silbando en los ascensores

No moriré en mí ,
aunque me destruya.

BEAT OUT MY EXILE

Me fui,

pero mi fantasma se queda en su traje de ausencia
representando aquellas vidas circulares que osé
imaginar.

Mi fantasma (esa etérea piel de serpiente)
ensayará las farsas de mis vidas no-vividas
una y otra vez,
hasta alcanzar inciertos límites de perfección.

La niña cuasi-bella que a las dos comía
sandwiches caseros
en el parque,
debió untar cien días más

en su sandwich de las dos. Entonces hubiera visto
las astillas del tiempo
enterrando el prefijo atenuante de esa (cuasi-)
belleza
Sólo se hará bella en la metódica repetición de lo
mismo:
el parque,
el sandwich casero,
a las dos
(siempre a las dos)
y sus ojos,
mapas vacíos en que me propuse encontrar una
senda
fuera del tiempo, fuera del ser...
Si hubiese sido atrapado en la metódica repetición
de lo mismo
me hubiera forzado a reaccionar,
parar súbitamente ante ella,
para decir:
 " por fin te amo"

Pero ya me fui,
sin lutos,
dejando un sitio vacío en aquel 43 que llevaba al
parque,
a las dos
sin resolver jamás mis idilios secretos

con pasajeros
que de vez en cuando,
silenciosamente
se sentaron frente a mí y me hicieron desear que
el autobús encallara en una isla desierta
donde podríamos haber vivido para siempre.

Me he ido
sin decir jamás a la niña del parque
que no saldré del autobús de las dos
mientras ella come su sandwich

